



Rescatar Pemex, ¿para qué?

Hagamos *Análisis Superior*. El gobierno de **Andrés Manuel López Obrador** ha decidido *rescatar* a Pemex, la primera pregunta debe ser: ¿para qué? El racional, no expresado claramente, es que México es una nación petrolera y que deberíamos vivir con base en una industria petrolera poderosa. Recuerde el breve lapso en la década de los setenta en la que México vivió de ese producto.

Se trata de una visión tan idílica como equivocada de la realidad. Pemex creció como un monstruo incontrolable. Los ingresos fiscales que generaba se iban al gobierno, lo que provocó una gran cantidad de deformidades en el sistema tributario que hoy todavía ocasionan grandes problemas. También, uno de los sindicatos más grandes e ineficientes, en el que sus líderes viven mejor que potentados petroleros de Estados Unidos.

En aquella época se usó a Pemex como una vaca, a la que se ordeñó hasta casi matarla. Aprovechando los altos precios del petróleo, se cubrían huecos fiscales y daban dádivas. Una borrachera que terminó abruptamente en la década de los ochenta con la caída internacional del precio.

México era un país petrolizado. Casi era el único producto de exportación y el sustento de las finanzas públicas.

Subyace la pregunta, ¿para qué salvar a Pemex?

Si la respuesta es para volver a petrolizar la economía, se trata de un error. Las naciones petroleras exitosas, como Noruega o la mayoría de los países del bloque árabe, se han basado en la diversificación. Las que no lo han hecho han terminado muy mal, tal es el caso de Venezuela.

Más allá, el petróleo va de salida en el mundo. En la industria automotriz hay verdaderos avances con el uso de energías que no tienen que ver con los combustibles fósiles y cada vez más países dejarán de usarlos.

¿A COSTO DE QUÉ?

La segunda pregunta es: ¿a qué costo rescatar a Pemex? Parecería que el actual gobierno está dispuesto a este *rescate* prácticamente a cualquier precio.

El programa presentado para *rescatar* a esta empresa productiva del Estado se basa en aumentar la inversión en Pemex para que incremente su capacidad de producción. Para lograr este objetivo, el gobierno ha tomado diversas decisiones que aumentan la carga fiscal para las finanzas públicas.

La mala recepción que ha tenido este programa no sólo ha puesto en revisión a la baja la deuda de Pemex, sino también del propio gobierno federal y, como consecuencia lógica, de las empresas que deben ser calificadas.

Dicho de otra manera, el *rescate* de Pemex está poniendo en riesgo a toda la economía. Si disminuye el grado de inversión de la deuda del gobierno mexicano, aumenta el costo financiero, que tendrá menos recursos para cumplir con sus programas sociales.

El aumento en el costo financiero para las empresas implica un menor crecimiento, menos empleos y, por lo tanto, menores contribuciones que derivan en menos recursos para cumplir con los programas sociales.

No existe una manera en la que el supuesto renacimiento de Pemex alcance para compensar la fuerza de la iniciativa privada, que genera 9 de cada 10 empleos.

DIAGNÓSTICO EQUIVOCADO

El programa de *rescate* de Pemex parte de un mal diagnóstico: se requiere salvar a la empresa para recuperar la grandeza económica del país. ¿Este es el mejor de los caminos? Parecería mucho más racional que a las personas les interesara más tener combustibles suficientes, de manera oportuna y a precios adecuados, que el origen de los combustibles.

Un segundo error es creer que, si se liberan más recursos de inversión, todos los problemas de Pemex se corrigen. El error es que se omite la arista financiera de la petrolera más endeudada del mundo y con una administración que no ha generado confianza.

Las calificadoras y todos quienes han analizado el tema, incluido el legendario **Cuauhtémoc Cárdenas**, coinciden en que la mayor inversión no es la mejor solución para Pemex, sino otra serie de medidas.

Además, la situación se agrava porque los espacios para invertir se están haciendo a cuenta de las finanzas públicas, las cuales se ven debilitadas.

Un tercer error de diagnóstico tiene que ver con el papel de las calificadoras. Su trabajo es medir la probabilidad de pago oportuno y completo de los compromisos financieros adquiridos. Así, no analizan el pasado ni hacen consideraciones de tipo ético sobre la deuda, simplemente cuál es la probabilidad de que paguen en tiempo y forma.

Tratar de minimizar la importancia de las calificadoras es un absurdo. Sea como sea, son la guía, obligatoria, para los inversionistas internacionales. Sus posiciones son netamente técnicas y sin ninguna carga política.

SOLUCIÓN

Está bien tratar de fortalecer a Pemex, pero no al costo de dañar a las finanzas públicas. La solución pasa por un adecuado programa de racionalización que tendría que ver con recortar prebendas a los líderes sindicales y quitar el exceso de personal.

Atender el problema financiero no sólo de Pemex, sino también la carga que aumenta en el gobierno federal a cada momento, debería ser una prioridad que se debe tomar con la correcta guía de la Secretaría de Hacienda.

Reconocer que las calificadoras y los analistas no quieren dañar al gobierno, sino expresar lo que están viendo. Si su visión es equivocada, se deben dar datos en contra, no descalificaciones.

Las naciones petroleras exitosas, como Noruega o la mayoría de los países del bloque árabe, se han basado en la diversificación.